

MANUEL NAVARRO PALACIOS



PREGON DE LA
SEMANA SANTA DE SEVILLA
1987

MANUEL NAVARRO PALACIOS

PREGON
DE LA
SEMANA SANTA
1987

Pronunciado en la mañana del domingo día 5 de abril,
en el Teatro Álvarez Quintero de Sevilla.

FOTOGRAFIAS

Portada: *Azulejo del Cristo de la Salud y Buen Viaje.*

Contraportada: *Azulejo de Vista de Sevilla desde Triana.*

- José Luis Bustamante.
- Jesús Martín Cartaya.
- Fernando Salazar.
- Emilio Sáenz.
- Haretón.
- Baldomero Lastrucci.

Los posibles beneficios de su venta y distribución se destinan a las obras asistenciales de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, M.^a Madre de los Desamparados, San Juan de Ribera y Protomártir San Esteban.

DEDICATORIA.

A mi madre, y en ella, al recuerdo de mi padre.

*A Mercedes, y a mis hijos Manuel A., M.^a de las Mercedes,
Alvaro y Fernando.*

A mi familia toda.

A Sevilla.

PRESENTACION DEL PREGONERO

por el

Teniente de Alcalde

Delegado de Fiestas Mayores

del Excmo. Ayuntamiento

ILMO. SR. D. MANUEL FERNANDEZ FLORANES

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Ilmo. Sr. Presidente y Junta de Gobierno del Consejo General de Hermandades y Cofradías.

Hermanos Cofrades.

Sevillanos.

Tocados ya con la gracia, que el Cielo nos transmite en su sonrisa azul, a la vez tan nuestra, Sevilla, columna, hoy se dispone a elevar al conocimiento universal el más saber. Revestida con la blanca túnica, tejida con la flor que siempre fiel la Primavera nos envía, entre temores e ilusiones, se acerca al umbral tras el cual busca el sentido y la ilusión que renueven sus fuerzas, para hacer posible cuanto su entusiasmo le muestra.

El largo tránsito, colmo de dolores y alegrías, había hecho mínimo el manantial de nuestra vida, entregada a más abiertos cauces, labrados en el diario y tan pequeño quehacer como universal.

El tiempo nos trajo nuevas inquietudes y nuevas alegrías. Ni las unas ni las otras, caminaron nunca solas junto a nosotros; aquéllas, se nos clavaron para hacer nuestro ser más grande, y de sus heridas nacieron nuevos frutos, que las aguas que nos unen llevaron hasta los confines, sin alejarse de nosotros. Alegrías que llenaron los momentos, de tantas pequeñas cosas que entregamos como prenda de la hermosura precisa, para hacer lo bello. Renuncias unas queridas, a veces teñidas de ilícitos deseos, pero negacio-

nes en definitiva, que fundamentan. Son caminos que hacia la luz nos llevan, de los que brotan las sombras que el horizonte nos aleja, en el misterio de la permanente entrega, hasta alcanzar de nuevo el camino, que por la renuncia la luz se encuentra.

Sombras que en su osadía, quisieron romper la intimidad del alma, de las gentes que sufren porque aman. Noches que trajeron el alba con noticias de un futuro que ya a las puertas nos llama, hecho con nuestros quereres, regado con lágrimas, abonado con suspiros, cuidado con sonrisas, soñado con esperanza.

Quedó atrás la noche de las incertidumbres, que muchas veces fue la nuestra, incapaces de soñar en la madrugada. Dejamos por las veredas, tantas conquistas unas, que se adentró la arena estéril en la hondura de los sentimientos. Ahí están los surcos vacíos, pero honda la simiente, sedientos de un agua nueva, esperando la corriente que inunde la sequía, en cuyo brote encuentra el Sol razón de su existencia.

Apenas queda un murmullo, del ruidoso vocerío que inundó nuestras horas. A los momentos de las conquistas, batieron los momentos del encuentro. Los ruidos que no pudieron llegar a ser sonos, ni los ritmos que por no serlos fueron ajenos a los tiempos, quedaron también atrás.

En los tiempos del ser, es hoy tiempo para el silencio. Silencio que sólo rompe la palabra del caminante, para hacerlo más intenso, para abrir nuestra intimidad a las puertas de lo bello. Tiempo para la serenidad y el silencio, para el abandono, para cerrar ventanas a lo mío, para abrir puertas a lo nuestro.

Caminante que nos llega de la puerta de Sevilla, que se abre a los campos nuevos.

Nacido de las entrañas del arte, bañada su niñez en las íntimas caricias de la armonía, encuentra en la honestidad y la entrega, los pilares que soportan su hoy reconocida calidad humana.

Conoció de las primeras cosas de la vida, por un maestro de excepción, su padre, tan querido como recordado por todos, heredando de él, los valores humanos y espirituales que tanto hicieron por la grandeza de los sentimientos de las gentes de su tiempo, y que nuestro Pregonero hoy, entrega a la colectividad en forma de ser sencillo y puerta abierta siempre al encuentro.

Conciliador, dialogante, abierto, son actitudes por las que busca siempre la verdad en el otro. Al decir de él, en permanente situación de disponible, mirando siempre con ilusión el futuro de la Sevilla, de la que se confiesa enamorado, le encontramos siempre cercano, como velando por las cosas íntimas de nuestra Ciudad. Desde su aportación el conocimiento moderno en los momentos difíciles, en la búsqueda de nuevas corrientes que dieran mayor solidez a las creencias, actividad universitaria tan inquieta en el quehacer como serena en el espíritu, hasta la para él hoy obsesiva actividad de la Sevilla del futuro, en la que cree profundamente.

Quizás no tanto su sabiduría como la limpieza de su intimidad, es solicitada en los templos del sentir sevillano, donde ante preocupación de lo moderno, él desvela los valores de lo actual e imprime ilusión donde el desaliento había alejado la esperanza.

Su formación, salida de la duda que busca constantemente la verdad, le lleva a la vida de Hermandad. Desde 1945 pone sus ilusiones en la de San Esteban, aunque no olvida a la de su collación de San Isidoro ni a la de los Estudiantes, de la que tan cerca estuvo. Ha sido la vida de la Hermandad, la que le ha permitido acercarse a la verdad y a través de la suya, conocer y querer más a las otras. Nazareno primero y consiliario después, hasta que un día se reunieron los sabios ante el humilde que la preside, y se dijeron, hagamos mayor el menor de los hermanos y la verdad será posible entre nosotros.

Su mensaje, escrito en papeles que se le antojan, de seguro, cetro humilde que avergüenza su aparición, se tornará por deseo de la Madre de los desamparados en entusiasmo de la Sevilla que

siempre da calor, y acoge en lo más profundo de su corazón la palabra salida de la sencillez, el sentimiento nacido de la honradez, la afirmación que respalda la voluntad de compromiso.

Palabras que nos llegarán, con el frescor y la vitalidad con que se impregnaron en su retablo íntimo del Aljarafe, salpicadas con notas de clavecín, íntimas como sus paseos por Santa Clara, perfumadas por las esencias de la marisma, austeras y amorosas, como su vida en la hermandad... Y de nuevo la flor, tras su agonía, alcanzará la vida.

Manuel Fernández Floranes

Teniente de Alcalde.

Delegado de Fiestas Mayores.



¡Donde hay música no puede haber cosa mala!

Creo, por eso hablo.¹ Aún resuenan en nuestros oídos las palabras de Pablo con las que el último Pregonero culminó su exquisita, bella y profunda profesión de fe en Sevilla y en su Semana Santa. Y quien ha recibido el honor de proclamar cómo vive Sevilla la irrepetible Semana, que sin embargo cada primavera se recrea y nace a la vez, quiere comenzar su Pregón, tomando esas palabras del aire en el que han permanecido, ingravídas y flotando desde entonces: Creo, por eso hablo.

El Pregonero habla, cuando al igual que todos está inmerso en las notas de Amargura, que sedujo un atardecer de hace más de sesenta años la sensibilidad de Stravinsky, y nos ha provocado ese repelucio de emoción que ya la vida va reservándonos para contadas ocasiones. Y quien pregona quiere que sus palabras iniciales sirvan de reconocimiento a cuantos crean sentimientos a través de la música.

Especialmente a los que componéis e interpretáis música para nuestras Hermandades y nuestros cultos, y los que conserváis el patrimonio de la música de capilla, el gregoriano en nuestras funciones, las saetas y coplas de corte clásico. Y a los componentes de nuestras Bandas, porque todos los músicos, con su arte hacen realidad lo que Sancho dijo a la Duquesa, y yo elevo a Jesús y María: ¡Cristo, Madre mía, donde hay música no puede haber cosa mala!

Por ello el Pregonero, para este viaje al espíritu que es el Pregón, invoca a su Cristo, al igual que durante generaciones lo han hecho los sevillanos en la calle de San Esteban; y como el trujamán del Retablo de Maese Pedro, que el mundo escuchó por vez primera en Sevilla, una mañana como ésta de 1923 a un puñado de jóvenes artistas agrupados por Manuel de Falla, entre los que estaban los dieciséis años del padre de quien os habla, desde su recuerdo, agita una invisible campanilla, llama la atención de todos y proclama a los cuatro vientos del espacio:

*¡¡Vengan, vengan a ver vuesas mercedes
La Semana Santa de Sevilla,
Que es una de las cosas más de ver
que hay en el mundo!!*

MANUEL NAVARRO PALACIOS

PREGON DE LA SEMANA SANTA

RECONOCIMIENTO

Las muy dignas autoridades habrán sabido comprender la quiebra protocolaria en que he incurrido y que me apresuro a corregir. Estoy seguro, que disimularán lo que ha sido un tributo de reconocimiento al mundo familiar en el que tuve la suerte de nacer, de criarme y de vivir. Y tras saludarles, he de expresar mi gratitud a cuantos han creído que hoy deba encontrarme aquí.

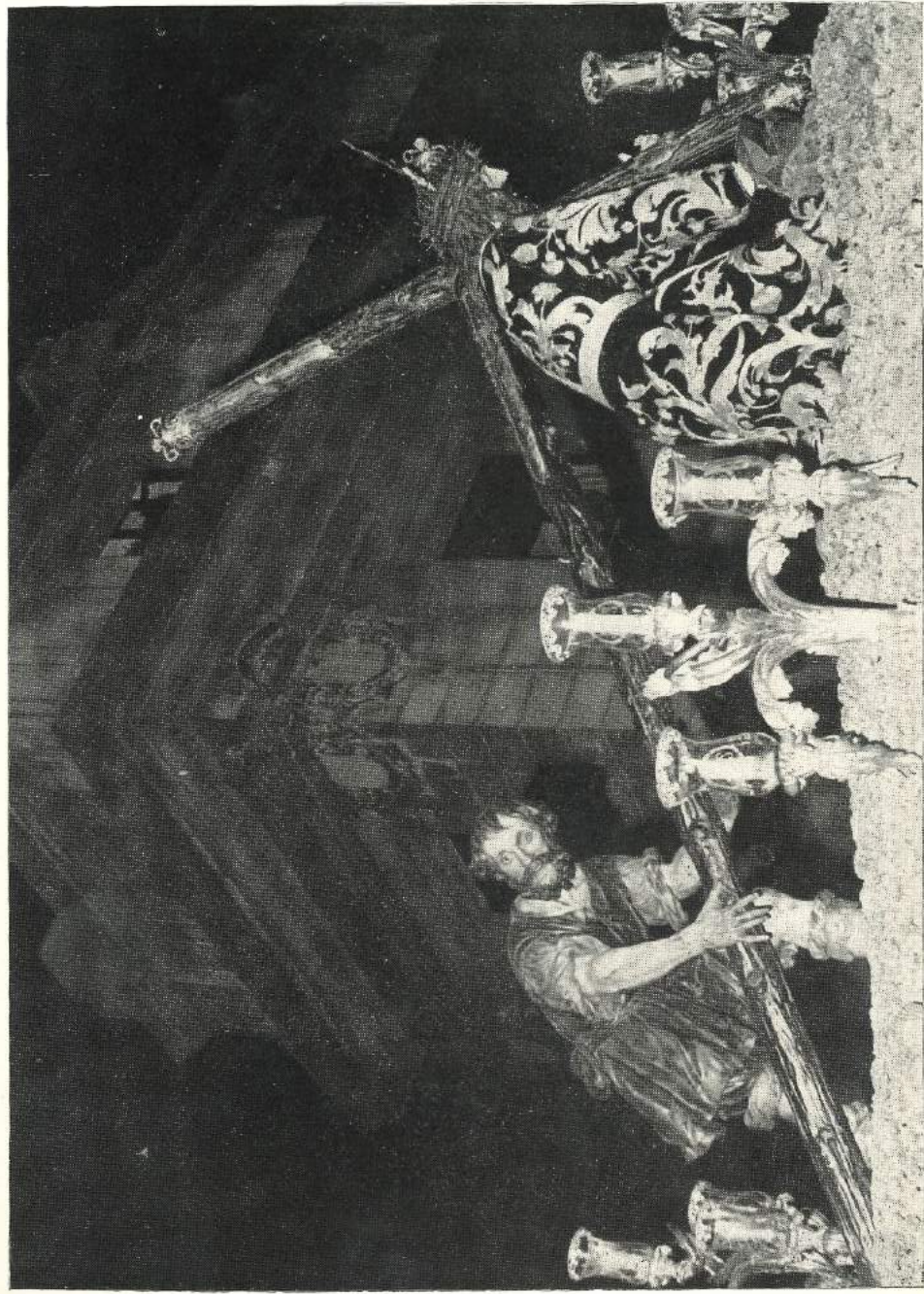
Al Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo, que con sus palabras de aliento y estímulo me encara con la responsabilidad de respaldarlas y la obligación de aspirar a merecerlas.

Al Excmo. Sr. Alcalde y al Consejo General de Hermandades y Cofradías de nuestra ciudad y su Presidente, quienes formularon la propuesta aceptada por aquél. Mi agradecimiento a todas las Hermandades, a los cofrades y a los amigos del Cirio Apagao que han tenido delicados gestos de elegancia espiritual para conmigo. Gracias también a todos, señoras y señores.

Y muy cordialmente, a la generosidad del Ilmo. Sr. Teniente de Alcalde Delegado de Fiestas Mayores, mi hermano presentador, unido por la fe y la penitencia a unas mismas Imágenes, aunque su hábito lleva sólo los dos colores más rotundos: el negro y el blanco. El negro de la faja que horizontalmente nos recuerda la muerte de Cristo, ese sereno Cristo yacente del Sábado Santo sevillano, y que también, para siempre, será seña de identidad de

todos los costaleros de Sevilla; porque uno de ellos, al morir en primavera, demostró que el ser peana de Cristo y de su Madre para que estén a la precisa distancia entre la tierra y el cielo de Sevilla, no es un juego vano y gratuito, sino un generoso reto a la vida, al que sólo un Dios, una fe y una devoción dan su profundo sentido.

Y junto al color negro de la faja, el color blanco de la ropa y del costal, anunciando que sobre ese luto horizontal, sobre el infinito y humano dolor, sobre la incógnita de la muerte y sobre su radical incomprensión, siempre existe para el creyente la dimensión vertical de la Resurrección y de la salvación, esa vida eterna que por amor, tendrá José Portal, costero izquierdo de la cuarta trabajadera del paso del Cristo de la Salud de San Bernardo.



...un campesino andaluz, Simón, el padre de Alejandro y Rufo...

CONFESION Y TESTIMONIO

Ya estamos cara a cara, Sevilla, con la palabra y con el sentimiento para confesarme comprometidamente ante ti porque la palabra sin amor es un abuso del lenguaje. Confesión personal, sencilla, dando, como Pedro, no oro ni plata que no tengo,² sino mi testimonio. Desde mi condición de sevillano de la Alfalfa, que siente latir en sus pulsos la sangre de tres generaciones radicadas en su entorno y donde comencé a conocer tu Semana Santa. Acurrucado en una ventanita con reja de hierro, a la altura exacta del rostro del Cristo que, en el Domingo de Ramos, anticipa desde San Julián su Buena Muerte ante el dolor de la Magdalena. Y a la exacta altura de los ojos de la Virgen de la Hiniesta, recibiendo el calor oscilante de la candelería, las ráfagas olorosas de flores e incienso, y el rumor del chisporroteo de la cera.

Bajé de esa ventanita y la cálida mano paterna me llevó a sitios y rincones a los que siempre vuelvo. Los Escolapios fundamentaron mi fe cristiana y al subir al coro por la escalera de caracol, veía las antiguas figuras de los Apóstoles que acompañaban al Señor en la Mesa de la Eucaristía. Y la Virgen del Subterráneo conoció mis primeras ilusiones, que reverdecen cada año ante el airoso giro de su cara, cuando, tintineando las bambalinas, cruza la Cuesta del Rosario.

Tuve la suerte de que en mi casa viviera un veraz Hermano Mayor, Fernando Santos, guía de sus hermanos de la Trinidad, que

cada Viernes, igual que su pueblo de Salteras con la Virgen de la Oliva, convertía la Plaza de la Pescadería en la sede del reino de la Esperanza; y que por su amor a la Virgen de los Reyes alcanzó la gloria sevillana de ser abuelo de un seise.

Y viví fuera de Andalucía, esa mezcla de «parsimonia, sabiduría, austeridad y desdén», como se la ha definido. Viví lejos y cerca de Sevilla, sin seguir en ella el curso de las estaciones pero recreándola, recordándola y volviendo, volviendo siempre, para hundirme cada año en el Valle surcado por las cinco lágrimas de la Dolorosa de los ojos verdes y emocionarme con la marcha de Gómez Zarzuela. Hasta que, cuando la Providencia quiso, pude optar y decidir, eligiendo el regreso.

Y junto a esa cualidad de sevillano, la de mi pertenencia a la Iglesia diocesana y a dos de sus Asociaciones. Una, la de mi Parroquia, la del Señor San Isidoro, Gloria Sevillana universal en quien me conforto con sus palabras al Señor.

*Ven a nosotros y permanece en nosotros
Dígnate penetrar en nuestro interior
Enseñanos lo que hemos de hacer
por dónde debemos caminar
y muéstranos lo que debemos practicar.*

Parroquia, hoy lacerada en sus piedras y en sus feligreses, a la que la Hermandad abraza con la fuerza de los siglos sin querer desvinculación alguna. Parroquia que albergaba y albergará, por siempre, una de las escenas más humanas de la Pasión: la tercera caída de Cristo y la ayuda de un campesino andaluz, Simón, el padre de Alejandro y Rufo, quien, en las venas abultadas de su mano derecha concentra todo su esfuerzo para aliviar al propio Dios. Y que albergará también esa dorada armonía que envuelve a la Sra. de Loreto, el resplandor de cuyos candelabros de cola, era la última visión de la Semana Santa que el pregonero de niño retenía en sus pupilas.

Y junto a la de mi parroquia, la otra Hermandad, la de San Esteban, que me ha permitido saber por qué hay Hermandades y Semana Santa en Sevilla.

El pregonero siente sano orgullo de compartir la nómina histórica de los Hermanos Mayores; y Juan Pablo II ha llevado a los altares a Sor Angela, que usó ese nombre en la primitiva Congregación de las Hermanas de la Cruz, y a Marcelo Spínola, cuya insignia se plasmará este año en la capa magna cardenalicia que el Pastor de los sevillanos nos regala tras habernos entregado su vida desde el convencimiento de que las cofradías son camino de perfección cristiana. ¡Gracias, una vez más, Sr. Cardenal! Marcelo Spínola fue Hermano Mayor de la Fundación, de la Soledad de San Lorenzo y del Gran Poder y participó en la vida diaria de las Hermandades, e intervino, en cuestiones de cofradías, en sus Reglas y normas y en la célebre Concordia, dando un mentís al dicho y enseñando, ya para siempre, que las cofradías llevan a Dios.

El Pregonero hoy invoca ese título de Hermano Mayor en nombre de los cincuenta y seis Hermanos Mayores de Sevilla para dar fe de que nuestras Hermandades perviven porque hay un conjunto de mujeres y de hombres que le entregan lo mejor de su tiempo y de sus esfuerzos con una dedicación que seguro no harían para sí; movidos por la devoción a sus Imágenes, a las que, personificadas, hablan y rezan; con fallos y defectos y errores, por supuesto, pero superándose, porque a través de la Hermandad están cumpliendo con su carácter de seglares y promoviendo la construcción de un mundo mejor.

Algunas de esas personas, se llamarán, castizamente, Priostes, Mayordomos, Tenientes de Hermano Mayor, Consiliarios, y se reunirán en Cabildos y se renovarán por elecciones, en un ejercicio de democracia que vivimos desde hace siglos. Pero hay otras personas las que siempre acuden y no ocupan ni quieren ocupar cargo alguno, que sostienen a la Hermandad y ejercitan su generosidad

pidiendo sin rubor, y dando, con suprema elegancia, sin ser solicitados, y se llamarán hermanos, cofrades o capillitas.

Y así, porque la Semana Santa es algo muy serio para los sevillanos yo atestiguo que un Embajador de España, me ha llamado para que los recibos de su Hermandad de Santa Cruz estén al corriente. Y, yo he visto, un alcalde subir la pina escalera de una casa Hermandad para sacar la papeleta de sitio de su hijo.

Mientras haya esa riqueza de personas y esa motivación desinteresada, existirán Hermandades en Sevilla, no por inmovilismo sino por tradición, porque la tradición es la historia enriquecida, es sentir bajo nuestras plantas el profundo pasado humano.

¡Gracias, pues, Juntas de Gobierno porque sois el estímulo de quienes tenemos el honor de representaros! ¡Permitidme, gracias también, mi Cabildo de oficiales de San Esteban, porque además de hermano me habéis enseñado a ser cofrade! Y, ¡gracias, cofrades, porque sois el fundamento de las Hermandades, de la Semana Santa, y en consecuencia de una parte esencial de Sevilla!

SEVILLA

Sevilla. ¿Y qué es Sevilla? Hay pocas ciudades universales. Una de ellas es Sevilla, pues a nadie deja indiferente. Para indagar sus claves, bueno será tomar en préstamo algunas intuiciones de quienes se acercaron a ella, espigándolas sin necesidad de apellidar, porque todos las conocemos.

Ciudad contradictoria, narcisista que produce exaltación y nerviosismo al que se aproxima a ella, porque, como dijo el poeta alejado, «muy poco falta para verte». O, por el contrario, «ciudad para echarla de menos, para entreverla y no verla ya más, para imaginarla como se la dejó, para soñarla mucho, casi al amanecer», o «para preguntarse, de madrugada sobre todo, qué significa Sevilla en este raro sueño que es el mundo».

¿Es Sevilla esa «ciudad que nunca dio importancia a nada, no sabemos y no lo sabremos nunca, si por suicida torpeza o por exceso de sabiduría»? ¿Será «una de las dos partes del mundo»?

¿Tendrá ese «lúgubre cielo» de un soneto anónimo, o por el contrario «esta luz de Sevilla» o «los aires dulces y olorosos de Abril» que el Descubridor encontró allende los mares?

¿Es la «ciudad clara, serena» del moderno madrigal de invierno o aquella donde «la emulación, la tiranía, la envidia y la pasión hace y deshace cuanto ordena la falsa hipocresía», como dijo el madrigalista clásico?

¿Es «difícil de comprender», peligrosa, olvidadiza, silenciosa y tornadiza, amén de esquiva, o es «la gran escuela del temple humano»?

¿Será «la del buen recuerdo», la de «la Gracia», la «halagadora y zalamera», la Sevilla de siempre, o la enigmática, inquisitorial y levítica ciudad? En suma, ¿existe Sevilla? o es «un deseo, una irrealdad que nos inventamos y recreamos día a día», o está desapareciendo porque, como canta el trovador del pueblo,

*¡«dónde se ha ido ese arte
que mi Sevilla está muerta»!*

El pregonero sabe, como escribía el redactor de las Reglas de la Hermandad Madre y Maestra, a fines del siglo XVI, que su ciudad «tiene un otro no sé qué»; y recuerda que el poeta recién casado piropeaba a su esposa diciéndole «a Sevilla le echo los requiebros que te echo a ti. Sevilla, ciudad tuya, ciudad mía». Y como «nombrar es poseer», y es casi «imposible domar el rebelde mezquino idioma», basta nombrarla porque es «ciudad misteriosa e indefinible».

Y, piensa en la responsabilidad de los sevillanos para con Sevilla. Porque, ciertamente, es un núcleo urbano irrepetible en el que destaca «el mejor cahíz de tierra del mundo», «una ciudad eminentemente cóncava, en la que todos sus elementos arquitectónicos están dispuestos para acoger, para envolver, para arropar», cahíz del que se enseñorea la Iglesia Mayor de Santa María de la Sede, adonde peregrinan, en los siete días más apretados del año, las cincuenta y seis cofradías, que pronto serán cincuenta y siete, porque desde el Cerro del Aguila no existen lejanías para mostrarnos el Desamparo y Abandono de Cristo y los Dolores de su Virgen. Ciudad que, por faro, tiene «esa torre gris y ocre» que se yergue, como «el cáliz de una flor, esbelta como una palmera», o como «el más agudo, aéreo y vertical de los cipreses jamás soñados», y que, «atril del cielo, tiene su exacta proporción de la locura» que can-

taron los poetas; esa «Custodia», que se empina para ver el triunfo del paso de Gloria de la Inmaculada Concepción.

Pero siendo todo eso, Sevilla es algo más: Sevilla somos los sevillanos. Y es lo que somos y sobre todo, lo que queramos ser. Somos nosotros los que traspasamos nuestros rasgos personales a la ciudad, en lo bueno y en lo malo. Sevilla somos los sevillanos, los que vivimos en el Polígono o en Triana, en Las Letanías o en el Barrio León, en Heliópolis o Tiro de Línea, y en el casco antiguo. Y los sevillanos que han sido, son y serán, porque nadie debe secuestrarla. No hurtemos nuestra responsabilidad ni la escudemos en el impersonal colectivo de lo social. No usemos en vano el nombre universal de Sevilla, para que así sea verdad, parafraseando lo que dijo el poeta amigo sobre la ciudad frontera de la otra parte del mundo, que

*¡Esta es la tierra de todos
su puerta no tiene llave
ni postigos ni cerrojos!*

El pregonero, cree y proclama su fe y también su esperanza en una Sevilla con sevillanos. Y dice cómo la sueña, culta, equilibrada, joven y eterna, porque haya sevillanos que así lo sean. Una Sevilla que valore el poso de lo clásico, que le da su esencia, porque clásico es el bellísimo rostro del Giraldillo, la novia de Sevilla. Una Sevilla que frente a la estridencia del grito, sea comedida y alegre, pero no plebeya, y que tenga como canon supremo, ese saber estar no aprendido que huye de toda afectación y que se goza con la medida y el de nada demasiado. Una Sevilla y unos sevillanos cabales, exigentes en el quehacer cotidiano, rigurosos en el trabajo, responsables, delicados y elegantes de espíritu; firmes en sus convicciones y tolerantes con las de los demás. Una ciudad plena de señorío, porque siempre ha sabido llamar señores a sus santos y sus reyes como se lee en el mosaico del Convento de San Clemente, y popular, que no populachera.

Una ciudad que aspire a ser ejemplar porque haya sevillanos ejemplares; consciente de su fe y sanamente orgullosa de su pasado y su sentido religioso, guardadora de sus tradiciones, donde, quienes sientan la exigencia de lo que significa ser cristiano hoy, sepan que no es título de privilegio ni de ostentación, y ello sin imposiciones y sin altivez, pero también sin complejos, con sencillez; porque la transformación del hombre y de la sociedad, la justicia y la solidaridad, la dedicación y la protección a los marginados y a los desvalidos, el respeto por el hombre, por la dignidad humana y por la vida, y el rechazo de la violencia, son valores cristianos permanentes y eternos, los del progreso de la condición humana.

Por eso cuando el pregonero recibió su designación al inicio del Adviento, escuchó providencialmente la carta de Pablo: daos cuenta de los tiempos que vivimos, salid de vuestros sueños, espabilaos.³ Sevilla, la ciudad de las espadañas, la del jazmín y del taxodio, del azahar y del magnolio, de la alhucema y del ciprés nos pide ser creadores de la nueva Sevilla, la que se dispone a ser anfitriona del universo mundo. Y así, de nuevo, volverá a oírse la voz a aquel sevillano de Ecija, que al comienzo del siglo XVI, tras años de esclavitud en el Yucatán y cuando se le buscaba para rescatarlo, ante el temor de no ser identificado, decidió gritar, para ser reconocido, las tres cosas más excelentes del mundo: ¡Dios, Santa María y Sevilla!

En este momento, cuando el pregonero va a afrontar por derecho lo que para él es la Semana Santa, proclama desde el fondo de su ser que, por encima de todo, quiere a Sevilla, sea como sea, con el amor que le sale de los redaños del alma; que le basta nombrarla para que se le llene la boca, igual que con el nombre de las personas que ama. Y ante el temor de encontrarse perdido y para ser identificado, se agarra con fuerza a esas tres cosas, las más excelentes del mundo y grita ¡Dios, Santa María y Sevilla!

DIOS, SANTA MARIA Y SEVILLA EN SEMANA SANTA

Dios, que se nos revela en Cristo; Santa María, que encarnó el mensaje y la persona humana de Jesús; y Sevilla, Sevilla en Semana Santa, cuando es más Sevilla, y cuando es más los sevillanos, cuando el pueblo de Sevilla revestido con la túnica del anonimato, se lanza a las calles, sin que le importe ser escándalo para fariseos y puristas o necedad para suficientes y paganos.

Y así el sevillano convertido en nazareno, va a peregrinar hacia la Catedral, un día cualquiera de su Semana Mayor, el más grande y soñado para muchos. Esa mañana, en el Templo de su Hermandad y ante sus pasos, revivirá espiritualmente su historia y recibirá, con cortesía de siglos, a quienes se acercan para anticipar el gozo de la visión de las Imágenes.

LA PRIMERA TUNICA

Ha vuelto a casa y encuentra la túnica de su Hermandad, exquisitamente preparada, con el antifaz sobre el capirote enhiesto, el esparto o el cingulo extendido para ceñir su cintura, la capa o la cola cayendo a plomo para evitar pliegues, y los zapatos o sandalias juntos, como en una petición renovada a los Reyes de Oriente; casi nunca esa túnica estará sola sino acompañada de otras, y el rito de revestirse se volverá a producir.

Y recuerda, como todos los años, su primera túnica, su ilusión de niño cuando en compañía de otros acudió a la Hermandad, para conseguirla; revive la inquietud de la espera y la angustia mientras se repartían otras papeletas de sitio, porque no se encontraba túnica para él, y la tristeza del regreso, y el encuentro providencial, ya en la calle, con alguien que al ver su desilusión le acompañó otra vez al Coro de la Iglesia. Y la nueva búsqueda entre cajas de cartón y olores de humedad, hasta que apareció la única que quedaba, arrugada, corta, desteñida y agujereada por una quemadura; y la aceptación gozosa de esa túnica, y las benditas manos de su madre, que se la preparó con el mismo cariño que la ropa de la primera comunión.

Aquel fue su primer año de nazareno, con el escudo de la Hermandad cubriendo el agujero; y el escudo no iba en el centro del antifaz, sino en el lado de la quemadura, sobre el corazón. ¡Bendita sea aquella persona que, al ayudar a un niño, hizo que para siempre Sevilla ganara un nazareno, que hoy puede pregonar cómo vistió su primera túnica!



Para anunciar el requerimiento del Reino de Dios, a través de la
síntesis perfecta de las Bienaventuranzas.

EL NAZARENO Y LAS BIENAVENTURANZAS

Sale el nazareno y percibe la sensación de otros años, un año más, uno menos, y en la calle se siente mirado entrañablemente y le brinca el corazón en el pecho al escuchar esa vocecita infantil que, todos los años, en algún lugar grita con alegría: ¡Un nazareno! y al cruzarse con otro nazareno, se miran a los ojos y ese brillo de identidad de sentimientos que es la simpatía, se intercambia entre ellos.

Ha penetrado en el templo, y antes de la salida oirá: «Hermanos, vamos a hacer la estación de penitencia, un acto radicalmente religioso, acompañando a nuestros titulares. Si alguien tuviese diferencias con otro hermano, antes de salir, que deje esta ofrenda y se reconcilie, que se amiste como decían las Reglas antiguas.⁴ Y si alguno no participa de esta manifestación de fe, que no nos acompañe». Y ante esa amonestación, se enfrenta con su lealtad. Nadie le va a preguntar por la razón de su presencia, ni por su fe, tibia o ardiente, ni por su situación o estado personal. Sabe que sólo Dios y él conocerán la respuesta y que lo trivial o el engaño no tienen razón de ser. Y por eso cuando el nazareno atraviesa el umbral de una Iglesia está haciendo una opción libre frente a Cristo y a su yo. Es una tácita protestación de fe desde su Hermandad, a la que llegó con devoción, o por raíces familiares o por el color de la túnica, que todos los caminos son buenos para Dios; con sus imperfecciones y defectos a cuestas, que son su cruz, es un cristiano que intenta dar testimonio público, asirse a lo transcen-

dente quizás en la única ocasión que tiene cada año. No es por tanto una moda, pues no hay moda que dure más de cuatrocientos años. Por eso, ante quien me quiera oír yo pido: ¡Respetad a los nazarenos de Sevilla!

Comienza la estación de penitencia. Algunos la harán como costaleros: todos los que se esfuerzan bajo las trabajaderas viven la oración común de la hermandad mediante la fórmula del trabajo conjunto, hombro con hombro, que es lo fundamental; porque yo he oído decir a un capataz que no le importa dar seiscientos golpes con los varaes en las puntas de la ojiva, sino la unión entre su gente de abajo. Y claro es que, además, jugarán con ellas y ni las rozarán.

Otros irán resonando las trompetas o retumbando los tambores; algunos se revestirán de dalmáticas y portarán ciriales o llevarán insignias y cruces, y otros serán hermanos de luz, que tras haber llevado la canastilla o la varita y llenarse de orgullo por haber cumplido íntegra la estación de penitencia, un año, alcanzan la mayoría de edad del sevillano en la Hermandad, llevando por vez primera el cirio de la fe.

El nazareno se sumerge en el pueblo de Sevilla que no ve las procesiones sino que participa de ellas y en su recorrido las acompaña. Y va a cumplimentar el mandato principal de culto público, aunque no único, que prescriben sus reglas y que justifica por sí solo a nuestras Cofradías. Mucho se pide a las Hermandades que generosamente responden y se las encuentran. Pero Sevilla tiene adquirido el derecho a sacar sus imágenes a la calle, a pasear sus santos a lo que tan aficionados parece que somos, según dijo alguien; y lo tiene adquirido desde hace siglos y porque aquí la afición se llama fe y tradición.

Ese nazareno, rodeado de muchedumbre pero en soledad, va a preguntarse: ¿en qué Cristo creo? Sabe que Cristo sufrió la Pasión y muerte por lo que dijo e hizo. Sabe que la crucifixión fue

un resultado no querido por Dios, pero producto de una lógica inhumana de los hombres.

Y entonces, desde su situación de seglar que ha de ocupar el puesto que exige el signo de los tiempos y en una sociedad que no ha encarnado todavía esa Buena Nueva, comienza su caminar, físico y espiritual, para anunciar el requerimiento del Reino de Dios, a través de la síntesis perfecta de las Bienaventuranzas,⁵ del canon exacto de la Pasión según Sevilla, el paso de Cristo y el paso de palio, y va a comprender cómo es Dios y cómo deben ser los hombres, cuál es el verdadero rostro del Cristo en el que cree.

DICHOSOS LOS QUE SABEN QUE SON POBRES

El nazareno, al avanzar al ritmo puntual de la Cruz de Guía, el minuto en la esquina prevista, el segundo en aquella plaza, la hora ante un zaquizamí, la accesoria o el comercio de solera en la vida de la ciudad, mientras se para y reanuda su caminar en la tarde trasminada de sol y de fragancias, entrándole por los ojos la cal, el almagre, el azul del cielo, entre murmullos y silencios, escuchando retazos de conversación, paliques, mirando sin ser conocido, recuerda: ¡Dichosos los pobres y los que saben que son pobres, porque de ellos es el reino de Dios! Y son pobres quienes sufren opresión y están marginados, y a quienes les falte salud, bienes o cultura; y es rico quien no comparte, quien erige como ídolo al poder, a la riqueza, al prestigio. Y esa bienaventuranza no es alienadora, ni supone pasividad ante la pobreza, porque la promesa del Reino no es para la otra vida, sino que la lucha por la justa distribución de los bienes de la tierra, ha de hacerse ahora y aquí, porque el reino de Dios trabaja ya entre nosotros para destruir nuestro egoísmo.

Desde su fila ve que Jesús, al ser Despojado de sus vestiduras, va golpeándonos por la calle Arfe con su desnudez, para que nos demos cuenta de quienes no tienen el cobijo de la ropa o de un techo que cubra su intimidad. Recuerda las Tres Necesidades que, como pobre, sufrió dramáticamente María por no tener con qué descender y sepultar a su Hijo muerto; esa escala, esa sábana y ese sepulcro que la señorial Carretería, envuelta en los azules os-

curos de la tarde lenta del Viernes Santo, busca afanosamente por los recovecos de su barrio. Y las Tres Caídas de Cristo en Triana porque le faltan las fuerzas para coronar el repecho del puente.

Y se duele con los privados de salud y con el pesar del alma de quienes sufren con los enfermos, con la sola esperanza del Cristo de la Salud, que cruza la calle de los Toneleros, o el de San Nicolás, que parece levantarse de la caída y es el último asidero humano; y piensa en la Virgen de la Salud de San Gonzalo, que tras llevarla a Triana, baja a Sevilla la medicina blanca de la vida cada Lunes Santo, por la calle Reyes Católicos.

Y recordando, quizás en su propia carne, a los que sufren el azote del paro, a los jóvenes sin horizonte, a los novios que ven aplazarse indefinidamente el momento de unirse en la creación fiel de un hogar; y viendo la necesidad del que pide, la ruina de una casa, la tienda cerrada por liquidación, la pintada soez, el nazareno comprende que son esos pobres a los que vino a evangelizar Jesús, exigiéndonos que les liberemos de su pobreza, porque esa pobreza es la que provoca que María se llame Dolores en San Vicente, en Santa Cruz y en Doña Guiomar, y llegue a sufrir la Quinta Angustia sin lágrimas en la Magdalena y el Mayor Dolor y Traspaso en San Lorenzo; el Mayor Dolor, porque se duele con los pobres y por nuestra desidia en salvarlos de la pobreza.

También sabe el nazareno que no es rico el que no es pobre por no pasar necesidades, porque no sufrirlas es un derecho de todo ser humano; que la malaventura de Cristo es para la incompatibilidad entre el Reino y el servicio a la riqueza, que enmascara dónde está la verdadera vida, y que el hacerse pobre es vivir del propio esfuerzo, dar y crear riqueza y también darse y regalar tiempo, cultura y amistad. Y por desprenderse de la servidumbre de la riqueza, Zaqueo se convierte en niño, corta un ramo de palmera, Madre de Dios de la Palma, y la ofrece a Jesús, que entra en Jerusalén la tarde de ese domingo en el que todos los niños de Sevilla, cantando Hosanna, ven a Dios.

DICHOSOS LOS AFLIGIDOS

Prosigue la Procesión y el nazareno ve unas lágrimas que se deslizan en el rostro de una mujer o el brillo en los ojos de un hombre, que ya ha cruzado la mitad del camino de la vida.

Y el nazareno se aflige porque existe el mal; porque en un mundo creado y querido por Dios para la felicidad del hombre, hay egoísmo, insolidaridad, engaño y mentira. Porque hay jóvenes atados a la losa sin futuro de la droga. Y conoce el dolor de los padres que ven rotas sus ansias de superación en los hijos, preguntándose una y otra vez cómo han llegado a ese camino de destrucción y si acaso son culpables. Y recuerda el hueco que dejaron los que ya no están entre nosotros, y ve el lugar exacto de la acera, donde el padre, con sus ojos serios, graves y cariñosos reconocía cada año al hijo encapuchado, y que ahora, para siempre, está vacío ya para el pregonero en la calle Tetuán. Y sabe, aunque otros no lo quieran saber, que la Hermandad es Refugio desde la calle Almonacid para esas situaciones que parecen insoportables; y que los que lloran serán consolados, y acude a las Lágrimas de la Virgen que se derraman en Santa Catalina, al pie del antiguo alminar, por todos los afligidos; y recurre a la cara de la Virgen gitana, que en San Román se estremece de Angustias. Y a la Angustia que atenaza el rostro de la Virgen universitaria, reflejo de la atribulación del Despedimiento; y se anega en el llanto estremecido que Corona a la Amargura de la Madre, la que por todas las calles del mundo va buscando a los hijos que un día no volvie-

ron a casa. Y lleva todas esas Penas al Nazareno de San Roque, cuando al pasar por Puñonrostro, más que ser aliviado por el hombre, por el Cirineo, parece ayudarle a llevar la Cruz de los Dolores, esa Cruz de Cantoneras que sobrelleva dulcemente el Nazareno de la O. Y mira al de San Vicente que, entre los naranjos, va buscando con sus ojos y con la boca abierta, a los sordomudos, a los leprosos, a los ciegos, a los muertos que Cristo vino a sanar, a curar y a resucitar.

Afligidos todos por los que el Cristo sedente de Triana, ruega al Padre, para que los consuele, y para que su Bendita Madre, la Estrella vespertina del Domingo, soporte el llanto por su Hijo y por todos los que fuimos nombrados hijos suyos al pie de la Cruz, donde estaba y estará siempre dándonos fuerza para luchar contra ese mal que existe.

Todos los que lloran por las ausencias definitivas serán Consolados desde Nervión por María, Madre de la Iglesia, a lo largo de las doce horas de su estación de peniencia, y también por la Madre que quedó en la Soledad bajo Palio de San Marcos, al pie de esa Cruz orlada por la sábana que sólo la sensibilidad sevillana supo disponer tan dispar, tan sencilla y armoniosamente, en San Buenaventura y en San Lorenzo. Soledad que Sevilla ha querido llevar a la rotonda del camposanto donde nuestros muertos esperan la resurrección definitiva. María, en su Soledad, va llorando con sus ojos bajos para no ver la mirada expirante de su Hijo, ese Cristo del Cachorro que sobre el Guadalquivir, ante tanta muerte triste y desesperanzada como diariamente se nos mete por los ojos, sin transcendencia alguna, alza su cabeza de finos rasgos andaluces y nos enseña la muerte digna del cristiano, al buscar confiadamente al Padre. Todos los que lloramos somos consolados con la promesa de resurrección y con el quehacer compasivo de la buena gente como lo vivió el pregonero en la capilla de la Vera Cruz, cuando acogió el cuerpo maltrecho del amigo que, en silencio, era ejemplo de generosidad y de sevillanía. Y sus hermanos

llegaron una madrugada a ese pueblo pequeño y lejano que siempre recordaremos, y volvieron por la túnica para amortajarlo, y al día siguiente la Virgen de las Tristezas despidió a Pepe Montes haciéndose realidad la oración de San Francisco que reza en la nave del Evangelio

Señor, que donde hay desesperación, ponga yo esperanza.

Señor, que donde haya tristeza, ponga yo alegría,

porque muriendo se resucita a la vida.



¿Y qué más puedo hacer por vosotros?

DICHOSOS LOS HUMILDES

El nazareno se ha detenido. A su vera, una pareja joven, unos niños, respetuosos, con mirar cariñoso. Llevan tiempo de pie. Uno de los niños, extiende su manita con timidez, en una petición muda. ¡Hijo, no molestes al nazareno!, enseña el padre.

Y dijo Jesús, aprended de mí que soy sencillo y humilde. El nazareno sabe, por propia experiencia, que hay demasiado protagonismo y arrogancia, caminos tortuosos, de altivez y vanidad; que muchas veces fue agrio e intolerante en su trabajo, en su familia, y también en el seno de su propia Hermandad. Y ante el Desprecio de Herodes, ante Caifás y en el Prendimiento de Cristo se le derrumban todos los esquemas humanos en los que juegan la altivez, al comprender la sabiduría de los títulos de esas Hermandades, el Silencio de Cristo y la Humildad de su Soberano Poder, que avergüenzan nuestro orgullo cuando se bambolean con el arte de la mecida larga por San Juan de la Palma, por Azucena y por la calle Cuna. Humildad que se muestra en la Paciencia con que espera el Sacrificio.

Y al comprobar la arrogancia de las actitudes, la prepotencia con que imponemos nuestras ideas e intereses, las compara con Cristo soportando la perversión del signo del amor, del Beso, porque, todavía por Zamudio es tiempo de Redención para Judas; o con la humildad desarmadora con la que Jesús, abofeteado ante Anás y ejemplo de fortaleza, pregunta una y otra vez, por Gavidia,

por Cardenal Spínola —qué nombre para la mansedumbre y para la no violencia—, «si he hablado como se debe ¿porqué me pegas?»

El nazareno piensa cuánto le queda aún para ser evangelizado y ser humilde. Y, si, pese a todo, crucificamos con nuestra intolerancia, siempre encontramos por la calle de la Virgen de los Buenos Libros a ese Cristo, que desde San Vicente, nos dirá una de las palabras testamentarias; que, en nombre del Padre, seremos perdonados setenta veces siete, porque no sabemos lo que hacemos. Y se convence de que la fe y las ideas no se imponen; por ello, el Cristo de Montesión sufre y suda sangre ante el Cáliz de la Pasión anunciada y apela a la voluntad del Padre, que ratifica que el hombre debe renacer por sí mismo con la ayuda y ejemplo del propio Jesús. Porque la dignidad del ser humano, que desde la fe supone la igualdad de los hijos de Dios, es la base del rechazo cristiano a toda clase de totalitarismo, de dogmatismo, y de fanatismo. Y se abandona en el Cristo humillado que da Salud y Protección al caminante, el que humilde y manso y en prueba de suprema elegancia, por amor, inclina pudorosamente su cabeza para que no veamos las lágrimas que hacemos correr en su rostro con nuestro orgullo.

¡Mi Cristo de San Esteban, de barro como nosotros! Tú, el que al pasar ante el Pretorio sevillano de la casa de Pilatos con el «paso racheao» de tus costaleros, vas soportando el desprecio y la burla del Poder y de los sabios, y proclamas amorosamente a Sevilla el lema del escudo de nuestra capa. ¿Y qué más puedo hacer por vosotros?

DICHOSOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

Va venciendo la tarde, y el cansancio del lento caminar, y la difícil respiración por el antifaz provocan hambre y sed. Hambre y sed de justicia. Algo más que, el frío dar a cada uno lo suyo.

Justicia que significa perfección, santidad; ser justo, como lo fue José. Es tan fuerte ese hambre y sed de justicia, que produce no sólo la conversión interior sino la reforma de todo lo que es injusto, y provoca —debe provocar— el cambio social más profundo y radical de la historia humana. Justicia que nos ha de llevar a estar en el mundo, porque Cristo no nos saca de él, y a preguntarnos siempre, ante todas las situaciones, cuáles son los criterios cristianos, asumiendo, como humanos, el riesgo de equivocarnos.

Por ser justo fue Cristo perseguido y juzgado y crucificado; fue cautivo y viene desde Santa Genoveva, solo y abandonado por los discípulos, pero acompañado del nuevo pueblo de Dios, esos niños, hombres y mujeres, que son testigos a cara descubierta, en el río humano de cada Lunes Santo de la calle Tetuán. Por esa sed y hambre de justicia, es por lo que Jesús es mostrado, es Presentado al pueblo, en lo alto del puente, para que Sevilla vea el compromiso que supone ser justos. Y por eso Cristo es Sentenciado, injustamente, por razón de ese bien común, que tantas veces esgrimimos también nosotros.

El Cristo de los Gitanos abraza este año más sufriente y con más fuerza que nunca la cruz de las diferencias raciales y la pasea

por Sevilla para que no sea simple retórica la unidad del género humano ; y el Cristo de los Negritos, muere en la Cruz de la discriminación para que sea realidad la Fundación del nuevo linaje de los hijos de Dios, y para verlo más cerca, Sor Angela sale cada Jueves Santo al pie de la Torre de San Pedro.

Esa es la Sed física y la de justicia que, desde Nervión, nos llega en esa maravillosa cabeza que, despegándose de la Cruz, quiere acercarse a nosotros para que la calmemos. Y el nazareno, no puede menos que confesar, ¡Señor, cuánto me queda aún para arriesgar lo que tengo, y lo que soy por la justicia! ¡Qué dura me parece, Señor, la estación de penitencia!

DICHOSOS LOS MISERICORDIOSOS

La Cofradía llega a La Campana. El nazareno alcanza el núcleo del mensaje de Cristo: dichosos los misericordiosos porque alcanzarán misericordia. La sublimación del amor. El Cristo es Caridad del Baratillo que titula a la Virgen del Arenal. La que exige comprometerse para ayudar al necesitado; la razón de ser del cristianismo, porque como dijo Pablo, «ya puedo hablar la lengua de los hombres y de los ángeles, ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo saber; ya puedo tener toda la fe hasta mover montaña, ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que si no tengo amor no soy nada, de nada me sirve, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes».⁶

Si el amor puede triunfar sobre el odio y la justicia sobre la injusticia, es sólo por el Amor de Jesús que le llevó a la muerte en la Cruz. Ese Amor que desciende por las rampas del Salvador, alzado en el equilibrio perfecto de la crucifixión, con los brazos dispuestos a desclavarlos para abrazarnos en su Amor; Amor que ya desclavado, vacilante por la calle Almirantazgo en las sábanas cruzadas del Descendimiento, es acunado por Nuestra Señora de la Piedad en las Santas Patronas de Sevilla, y es acogido en el regazo de la Piedad que, para darle Mortaja, iluminan los ciriales en Bustos Tavera y anuncia esa campanilla cuyo sonido cada sevillano conserva en el hondón de su alma; y la Virgen Dolorosa de la cofradía nueva Servita, con aires y señorío de siglos, intenta

recoger ese brazo del Cristo de la Providencia que pende con la laxitud de la muerte. Amor que es Caridad en el traslado al Sepulcro cuando le acompañan las Penas de Su Madre por el Angostillo de San Andrés.

Ese Amor de Cristo, Nazareno Sacerdotal misericordioso, se hace plural en Santa Cruz para abrazar a todos con sus Misericordias; y nos invita a intervenir en las cuestiones temporales ya que la fraternidad humana hay que construirla superando la Alcazaba de nuestro egoísmo, día a día, continuamente. Si hay criterios distintos entre jóvenes y mayores, acaso tengamos razón, pero ¿tenemos caridad?; y si nos enfrentamos unos a otros defendiendo legítimamente nuestras ideas, en cualquier sitio y también en el seno de nuestras Hermandades, podremos tener razón, pero ¿tenemos caridad?

Y cuando tenemos diferencias en política, en cultura, en religión, en cualquier ámbito, quizás también llevemos razón, pero ¿tenemos caridad? ¡Qué lejos estoy, Señor del Amor! Y te busco de nuevo, Jesús, tengo que ver tu Amor en el Nazareno de Pasión, que con serenidad, con la mirada clavada en tierra, metiendo el hombro izquierdo, el talón del pie derecho ligeramente levantado y los cuatro hilillos de sangre que surcan tu frente, culmina con tu Nombre la plenitud de la misericordia; ese amor comprometido por los hombres que te llevó a la Pasión y que con Pasión redentora te muestras a Sevilla ya de noche, como anuncio de la Noche de Sevilla. Al verte comprendo que tu amor es la paciencia con el que me importuna y me pide; y es ser amable y alegre y no llevar cuentas de lo que me hacen, y simpatizar con la verdad y no con la injusticia. Y es salir de mí, por Amor. Y es disculpar, siempre, fiarme siempre, esperar siempre, aguantar siempre.⁷ ¡Como Tú haces, Nazareno de Pasión, por Amor!

DICHOSOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

Unos tramos más de la estación de penitencia y el nazareno, que ha hallado la paz consigo mismo, la relaciona con los demás. La Paz. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios, los que construyen la paz, los que la promueven, no sólo los que rechazan la violencia.

Paz que es don que Dios nos confía, y es fruto de la justicia, del desarrollo de los pueblos y de los hombres. El día por la Paz, se aúna el primero de cada año con la festividad de María Madre de la Iglesia, quien desde el Porvenir, meses después, nos trae el mensaje blanco de la paz, porque la Paz no puede tener otro color, llevando en la mano izquierda su símbolo, que es una rama de olivo y no la paloma que sólo fue portadora. Y, antes de cobijarse en la Catedral, se refresca en la naturaleza de ese Parque, en el que Sevilla cuidaba una dalia que se iba a marchitar.

El nazareno ve los azotes que recibe Cristo atado a la columna, agresión física, para que comprobemos adónde puede llegar la ceguera humana, a herir al hombre y maltratarle y golpearle; violencia que, malaventuradamente, sigue sufriendo el niño, la mujer y el débil. Y las espinas que coronan la frente de Jesús, y que ahincadamente se esfuerza un pobre hombre en ahondar, nos enseñan la degradación a la que está expuesto todo ser humano. Y recuerda las Cinco Llagas que Cristo sufrió en su cuerpo.

Pero el Cristo de la Victoria y la Virgen de la Victoria nos ase-

guran con sus nombres que la violencia no termina por triunfar, que la paz, siempre en peligro y débil, tiene tal fuerza que es la única para colmar nuestros corazones, y que hay que reaccionar ante la coacción física y la psicológica de la manipulación. Y por ello, cuando el estupor de lo irracional parece encallecer nuestra sensibilidad, el nazareno ruega por la paz del mundo, y por la de España, y ofrece su estación de penitencia sabiendo que hay que construirla con esfuerzo también, con el propio sacrificio y con oración. Y así siendo pontífices, hacedores y constructores de puentes, diremos con la oración franciscana, «Señor haz de mí un instrumento de paz».

DICHOSOS LOS SINCEROS DE CORAZON

El nazareno va acercándose a la Catedral, a la Iglesia que se construyó para que se considere y atienda a la grandeza y autoridad de Sevilla y de su Iglesia, como manda la razón; y antes de entrar en ella, para purificarse, evoca el versículo del Salmo Misere-re para que Dios le lave de la mancha,⁸ de la suciedad de las malas intenciones y de la doblez. Pureza que es castidad de cuerpo y de corazón; y es posible, porque las impurezas fueron lavadas por las Aguas del costado del Cristo, que tras ser alanceado por Longinos en San Martín atraviesa el Postigo que lubrifica el Aceite. Y por las Aguas de esa Virgen que mira al cielo y que gira cada año en la punta de un diamante sin aristas, en la perfecta e inacabable vuelta de un paso de palio cuando parece que es la esquina la que lo rodea. Ese lavatorio de impurezas produce la Conversión de Dimas, al que bastó el gesto de valentía de salir en defensa de un justo para merecer la vida eterna. ¡Qué generoso eres, Dios Padre, con tus hijos!

El nazareno ve año tras año, en el mismo sitio, a la mujer que no conoció el amor; y ve a todos los que castamente ofrecen su vida por los demás, y divisa a un grupo de esposas del Señor. Pura Concepción y Castidad de María, que corre presurosa entre azahares, tras el Silencio del Hijo, para intentar verlo una vez más porque dentro de pocas horas va a morir. Castidad y pureza de las monjas de Sevilla, de las comunidades que rezan y trabajan por nosotros, y por los enfermos y marginados.

Y mirad: el pregonero, como toda Sevilla, ve al Silencio en esa calle de la Amargura que es la calle Francos, cuando majestuosamente erguido asiendo con fortaleza la Cruz camina a su capilla antes de que alboree la mañana. Pero ha tenido la suerte de ver otro Silencio, allí mismo, un diecisiete de agosto, en clara y temprana hora mañanera. Una procesión de silencio de dos, cuatro, seis, hasta cincuenta y sesenta Hermanas de la Cruz, cuando venían de rodear en Corte de honor y de nardos a Ntra. Sra. de los Reyes, que iban como siempre, los ojos bajos, en parejas, mayores y jóvenes, rezando; y las fue cruzando hasta el pie de la Giralda, y cuando repicaron de alegría las campanas más sonoras del mundo, comprendió el pregonero que aplaudían a los Conventos sevillanos, ejemplo de que la pureza y limpieza de corazón existen en la tierra.

Y por ello digo las palabras de Pablo VI a las almas consagradas:

- Bienaventuradas vosotras, porque habéis escogido la mejor parte y porque nadie os separará del Amor de Cristo.
- Bienaventuradas vosotras, porque el Padre, que ve en lo secreto, conoce vuestras obras más escondidas y porque sois las hijas predilectas de la Santa Iglesia: su honor, su belleza, su fuerza.
- Bienaventuradas vosotras, porque gozáis cuando la Iglesia goza, sufrís cuando la Iglesia sufre. Y porque, como María, la madre de Jesús, habéis escuchado la palabra de Dios, os habéis entregado a ella y la habéis seguido.
- Bienaventuradas vosotras, porque sois testigos vivientes ante el mundo del Reino de los Cielos.

DICHOSOS LOS PERSEGUIDOS POR SU FIDELIDAD A CRISTO

Ya penetra la procesión en la Catedral. En lo más alto del retablo de su altar mayor, Cristo Crucificado, el Señor del Millón, descansa su cabeza sobre el brazo derecho. «Dichosos sois cuando los hombres os insulten y proscriban vuestro nombre como infame por causa de Dios. Dichosos los perseguidos por su fidelidad porque suyo es el Reino de Dios».

Es la prueba de que se ha seguido paso a paso la vida y el ejemplo de Cristo íntegramente, de que se han cumplido las bienaventuranzas. Es la persecución; la incompreensión, la desconfianza, las molestias.

Es la Sangre de Cristo que se derrama en San Benito.

Es la Cruz exaltada, levantada, oblicua, que viniendo de Santa Catalina se hará más tendida en la inacabable subida de la Costanilla. Es la Cruz, de la que el Cristo del Museo se eleva hacia el Padre, en el último estertor estremecido de la entrega del espíritu. Es la Cruz en la que están clavadas las manos crispadas del Cristo de Burgos, que acarician la vieja Alcaicería. Es la cruz en la que descansa muerto el Cristo del Calvario, sólo acompañado del leve rastro del esparto de las alpargatas nazarenas.

Es la muerte, el fin de todo, el fracaso del Dios hecho hombre, que creyó en los hombres y los suyos no lo recibieron. La muerte del justo. Pero en el mismo momento en que expira Cristo, co-

mienza la esperanza. El mal puede ser destruido. El egoísmo y la injusticia no son las últimas palabras. El fin de Cristo se transforma en el Buen Fin, y María, al pie de la Cruz, asegura que hay un Buen Fin. Y la muerte de Cristo salva esas Almas, a las que su Madre bendita concede Gracia y Amparo.

Y la muerte se cambia en la Buena Muerte, la imposible Hermandad del Martes Santo para el pregonero, porque su fidelidad a aquella primera túnica le ha marcado para siempre y no puede acompañarte cuando anuncias la salvación en la dulzura de tu rostro clemente, enmarcado por las guedejas de tu pelo ondulado. ¡De la infancia a la madurez, desde la puerta de Carmona a la de Jerez! ¡Qué Buen Viaje, Dios mío, para llegar a tan Buena Muerte!

Pero ¿dónde está, oh muerte, tu victoria? La Muerte superó a la Muerte como pensativa, abatidamente, reconoce ese esqueleto tras tu entierro Santo.

En medio de la Catedral, sintiendo quizás bajo sus pies descalzos el frío de las losas que ha seguido al tibio suelo de las calles sevillanas, el nazareno vuelve a enfrentarse con la necesidad del nacer de nuevo. Y se da cuenta de que ha entrado en la Catedral por la Puerta de San Miguel, en cuyo tímpano Mercadante talló el Nacimiento de Cristo. Y entonces, consciente de los fracasos de tantos intentos hechos, de la casi imposibilidad de negarse a sí mismo, para ser pobre y humilde y justo y misericordioso y pacífico y puro, se abandona filialmente y recuerda que Cristo dijo: lo que el hombre no puede, lo puede Dios.⁹

Y, desde su estación de penitencia, en medio de nuestro Templo mayor, recurre al Cristo que le puede convertir: lo ve, en el claroscuro del Camarín de su Panteón Sevillano; lo ve por la calle Castelar hacia la plaza de Molviedro, en el silencio espeso que resaltan los espaciados golpes del martillo. Apenas alumbrado por los cuatro faroles y por las almas de los sevillanos que aclaran su rostro moreno. ¡Son los rizos de tu barba partida, Señor, los que enredan mis deseos de nueva vida! ¡Y es tu túnica oscilante Se-

ñor, la que cubre mis defectos! ¡Y es la espina que atraviesa tu ceja fruncida, Señor, la que estremece mi alma! ¡Y es tu cuerpo que se sale del paso, para encontrarme! ¡Y es que sólo Tú puedes convertirnos y hacernos nacer de nuevo porque yo sólo, Señor, no puedo! ¡Y por ello, Señor, cuando giras y te pierdes con la firmeza de tu paso largo, y arrastras la Cruz con tu Poder, yo sé que eres el único que puedes generar al nuevo hombre! ¡Y por eso los que queremos ser nuevos hijos de Sevilla, te llamamos Padre! ¡Nuestro Padre Jesús del Gran Poder!

EL REGRESO SERENO

El nazareno sale serenamente de la Catedral y nota gozo a su alrededor; sabe que las bienaventuranzas no son símbolo de resignación, sino de exaltación de quienes las cumplen y que lo propio del cristiano es dar razones de esperanza, porque hay ejemplos de defensa de la dignidad humana ante los abusos del poder, de los placeres y de las riquezas. Hay oasis de paz y de justicia, y fe en medio de persecuciones y burlas: es posible seguir a Cristo. Nuestra Semana Santa, esa realidad tan compleja, tiene un sentido de fiesta basada en lo trascendente porque nos libera la Pasión, la Muerte y la Resurrección de ese Cristo que Sevilla va a entregar a Santa Marina para alegrarse con la Aurora de su Virgen.

Ha ido recreando el rostro humano de Dios en el mensaje de Jesús, y va a volver a atravesar Sevilla, Dios, Santa María y Sevilla, siempre Sevilla en el centro del mundo, y recuerda la visión del Almirante de la Mar Océana.

«El mundo este en que nacemos y andamos es todo andable en derredor por tierra y por agua, y quien quisiese podría ir y trasponer por el Poniente en derecho de San Vicente, y volver por Jerusalén a Roma y a Sevilla que sería cercar toda la redondez del mundo».

MARÍA

Y evoca la otra cosa más excelente del mundo: Santa María. María, ejemplo vivo de la enseñanza de Cristo y espejo de las bienaventuranzas. Porque María fue realmente pobre y desprendida, fue llorosa como le anunció Simeón en medio de la alegría de presentar al niño Jesús en el templo, tuvo hambre y sed de justicia como le cantó a su prima Isabel, fue misericordiosa con la elegancia de darse cuenta de la necesidad de los novios de Caná, fue Virgen pura y limpia de corazón; fue saludada por los ángeles de la paz en el portal de Belén y conoció la vía Dolorosa y sufrió su Cruz al pie de ella, y tuvo la soledad total. Y acogiendo su mandato de ser Madre de la Iglesia, es Rocío de Sevilla por Santiago y será Rocío en el inicio del próximo año mariano por Pentecostés. Y el Cristo de San Esteban, le deja el frontal de su ventana de siglos para que mejor la pueda ver Sevilla.



Va diciendo con su boca entreabierta: Haced lo que El os diga.

LA ESPERANZA

Por eso María es nuestra única esperanza, la que nos llega a Sevilla desde el arrabal de la Puerta Carmona, trayendo Gracia divina a la ciudad e ilusiones, como cuando se reflejaba también en las pupilas del niño encaramado en la ventana, igual que la Esperaza Trinitaria. Viene desde Triana, encerrada en el breve nombre de un círculo de amor perfecto, que lleva prendido muy cerca de su corazón de madre porque dijo sí a la maternidad. Y nos llega desde la Pureza de la banda del río, atravesándolo en ese barco de flores que toda la gente de mar, barqueros y marineros, fletan cada Viernes Santo, suprema generosidad que Triana, con su garbo, su gracia y su tronío, cada año entrega por unas horas a Sevilla para que se goce en la Esperanza de tu nombre y de tu cara. Y que Sevilla la devuelve a Triana, Coronada para que por el Altozano pueda cantarse:

*Por el puente Triana
sin llevar peña
pero sí una corona
pasa la Reina.*

*¡Y cómo le arrastra
el mantón de Sevilla
que es la Esperanza!*

Y por eso desde la Macarena, no sabemos si la Esperanza viene a Sevilla o Sevilla va a Ella.

El nazareno, superando con esta alegría el cansancio de las horas de peregrinar la ve como el año pasado. No de frente y en calle ancha, sino en una pequeña bocacalle, adivinando su presencia en el clamor de las gentes que crecía y crecía, en la música brillante de «Pasa la Macarena» que la aupaba en los aplausos que la piropeaban, en el resplandor de la candelaría que la anunciaba, en las maniguetas, en el frontal del paso y los varaes ahincados en las flores que la anticipaban; y, por fin, Madre mía Macarena, el perfil de tu rostro, sólo un instante rápido, fugaz, un momento único y breve, como son los grandes momentos que nos dejan parado el corazón. Y quedó ya para siempre grabado en el sentimiento, al ver esos cinco estallidos verdes que vibraban en tu pecho.

Recuerda el piropo sevillano que Jesús oyó hace veinte siglos: ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Y entonces sé, Macarena, porqué tu boca se entreabre, porque no sólo empiezas a sonreír ante Sevilla, sino porque Tú sabes la respuesta de Jesús: ¡Mejor dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!,¹⁰ y Tú lo seguiste toda tu vida y lo proclamaste en las Bodas más alegres del mundo, en la fiesta del amor de Caná, y estás diciéndonos desde entonces y para siempre con tu boca entreabierta: «haced lo que El os diga».

Y por ello estallándome el corazón de alegría te canto la Salve fraterna y universal de Sevilla:

*«Porque entre las azucenas
y entre velas enrizás
Dios te hace, Macarena,
Madre de la Humanidad.»*

Y así el nazareno vive jubilosamente el regreso de la Hermandad.

MAGNIFICAT

Cuando llega a esa plaza armoniosa en la que catorce plátanos de Indias enmarcan la proporción de Sevilla, cuando en medio de la Alfalfa se vuelve a mirar a su Virgen de los Desamparados, el nazareno y el pregonero dicen públicamente lo que casi siempre callan porque, como en el soneto del poeta, «quiere mucho aunque lo diga poco».

¡María Madre de los Desamparados! Gracias por todo lo que me has dado y lo que tengo: la fe, la familia, los amigos, Sevilla.
¡Virgen morena de San Esteban! Dame fuerzas y valor para que no abandone a los desamparados.

Porque Tú eres,

*Madreselva de mi amor
Alhelí de mi esperanza
Rosal de bello color
Incienso que al cielo alcanza
Amapola, verso y flor.*

Y los ángeles de Murillo, vestidos de seises, te proclaman

*Más dulce que la miel
Más bella que la flor
Más pura que la luz*

Y María me interrumpe. Calla, si quieres alabarme, toma mis nombres y mis propias palabras. Dilas conmigo. En la mitad de

Sevilla, en la Alfalfa, tras sobrepasar el recuerdo del chaflán costalero de la calle San Juan, cada anochecida del Martes Santo, se escucha el cantar de la Bienaventurada que Sevilla engarza en un ramillete de advocaciones: Rosario, Montserrat y Guadalupe, Cabeza, Villaviciosa, Regla, Presentación...

*Mi alma glorifica al Señor,
como una Palma que mira al cielo
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador
porque se ha fijado en el Dulce Nombre de su humilde
esclava.*

*Pues mirad, por ser Encarnación y Patrocinio y Candelaria,
ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas
las generaciones.*

Al pasear por la calle Aguilas, a la altura del convento de Santa María de Jesús, se puede oír:

*Porque ha hecho en mí cosas grandes
el Todopoderoso cuyo nombre es Santo,
y cuya misericordia se derrama, por la Merced de mis
Mercedes, de generación
en generación sobre sus fieles*

Y al entrar triunfante, sobre los pies, resuena en la Plaza de Pilatos:

*Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los soberbios,
derriba de su trono a los poderosos
y levanta a los humildes, como Angeles en volandas
hasta mi trono de Los Reyes.*

*Con mi Socorro, a los hambrientos colma de bienes,
y a los ricos despide vacíos.*

Y al llegar ante el templo de San Esteban, la Virgen Madre de

los Desamparados, ascua de luz entre flores, y teniendo como testigo a los sevillanos, confirma en plena Semana Santa, la promesa de entrar algún día por la ojiva triunfal de los cielos, y da fe de la alianza eterna que une a Dios, a Santa María y a Sevilla.

*Acordándose de su misericordia
acogió a Israel, acogió a Sevilla
como lo había prometido a nuestros padres
a Abrahán y su descendencia
por los siglos de los siglos.¹²*

*¡A Sevilla
por los siglos de los siglos!*

He dicho.



¡A Sevilla, por los siglos, de los siglos!

REFERENCIAS

1. Pablo. 2.^a Corintios IV. 13. Salmo CXV 1.
2. Hechos de los Apóstoles III 5-6.
3. Pablo. Romanos XIII. 11.
4. Hermandad del Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas de 1567.
5. Mateo V. 3-10. Lucas VI, 20,23.
6. Pablo 1.^a Corintios XIII. 1-3.
7. Pablo 1.^a Corintios XIII. 4-7.
8. Salmo L. 4.
9. Lucas XVIII. 27.
10. Lucas XI. 28-29.
11. Juan II. 5.
12. Lucas I. 46-55.

CITAS

- M. de Cervantes, A. Gala, S. Isidoro.
- M. Mantero, A. Gala, J. M.^a Requena, J. Romero Murube, F. Villalón, Soneto Anónimo, A. Machado, C. Colón, R. Montesinos, Gutierre de Cetina, I. Moreno, R. Carande, R. Laffón, J. M.^a Izquierdo, R. Charlo, A. Burgos, El Pali.
- Mateo Alemán, J. Ramón Jiménez, L. Rosales, G. A. Bécquer, M. Chaves Nogales, L. Zapata, L. Borobio.
- L. Cernuda, Gerardo Diego, M. Lozano, F. Chueca Goitia.
- M. Ríos Ruiz.
- M. Machado.

BIBLIOGRAFIA

- Las Bienaventuranzas.* F. M.^a López Melús.
- Espiritualidad de la Evangelización según las Bienaventuranzas.* Segundo Galilea. CLAR.
- Las Cofradías de Sevilla. Historia, Antropología. Arte.* J. Sánchez Herrero, I. Moreno, J. Bernalles, J. M. González, M.^a Jesús Sanz, J. C. Campos.
- Estampas de un Reinado.* L. de la Calzada.

Se acabó de imprimir este Pregón de la Semana
Santa de Sevilla, en la Imprenta EMYDO, bajo
el cuidado del maestro Julián López Martín,
el día 4 de Abril, festividad de San
Isidoro del año MCMLXXXVII.

